

La nueva solidaridad

Enrique Cantolla Bernal

*L*a influencia del catolicismo en las sociedades latinoamericanas es una de las razones por las cuales no ha sido posible la superación de la conciencia paternalista y, por ende, el avance en el proceso de internalización de la responsabilidad (internalización que es la raíz última de la vigencia de la libertad entendida como ausencia de coacción). En tales términos, se requiere un esfuerzo por asumir los valores de la modernidad de forma autóctona, endogenándolos y fusionándolos a esa tradición católica. Dicha simbiosis tendría por resultado la asunción de un tipo de "solidaridad holística" en la que convivirían las potencias creativas del individualismo moderno y la apetencia por la pertenencia comunitaria propia del catolicismo.



Introducción

PARA ADOPTAR LA LIBERTAD como valor social, los ingleses y otros pueblos europeos debieron comenzar por cambiar algunas creencias. Este fenómeno, que comenzó a ocurrir en Europa desde fines del siglo XV y comienzos del XVI, rozó apenas a los países hispánicos, lo que hasta hoy se traduce en inestabilidad política y lento desarrollo económico. A fin de revertir esta situación, existe en nuestras sociedades una clara necesidad de intensificar los intentos para introducir la libertad como ausencia de coacción y de

internalizar la responsabilidad para hacerla endógena. El problema radica en cómo hacerlo, en especial al recordar la importancia del catolicismo en nuestra cultura: opuesto al individualismo por estimarlo egoísta, tampoco favorece la independencia personal por considerar como misión suya la santificación, enseñanza y guía del hombre para ayudarlo a llegar a la felicidad de la bienaventuranza eterna.

En efecto, no hemos sido capaces de hacer funcionar adecuadamente los sistemas de los "medios" económicos y políticos para lograr

1 TRIMESTRE 1994

"fines" tan claros y tan sostenidos en el tiempo. Aspiramos a ser democráticos, a tener una economía desarrollada y a lograr la mayor equidad posible en el reparto de su producto, aspiraciones no cumplidas en la práctica debido a la falta de responsabilidad endógena. En consecuencia, y a pesar de nuestros deseos, subsisten entre nosotros el subdesarrollo, la pobreza y la inequidad, que debemos superar por un imperativo moral.

Para obtener nuestros fines, es necesario que todos y cada uno de los miembros individuales de la sociedad, trabajemos seria, libre y responsablemente poniendo en práctica las "causas morales de la prosperidad" mencionadas por Juan Pablo II en su discurso a la Cepal. Para lograrlo, debemos asimilar, asumir o aceptar los valores de la Modernidad en forma autóctona. Por lo tanto, parece necesario reinterpretar algunas creencias a fin de

poder introducir nuevos valores, en especial, la independencia personal o libertad como ausencia de coacción. Sólo así podremos internalizar la responsabilidad para hacerla endógena y adquirir disciplina personal para luego proyectarla hacia la sociedad como disciplina social. Ello significa la ruptura del orden social paternalista y señorialista en el cual hemos vivido siempre, para entrar a una Modernidad propia y plena. Cuando ello ocurra, florecerán con fuerza las virtudes conducentes a la prosperidad material, hoy día patrimonio de no muchos de nuestros congéneres, para obtener finalmente y a partir de ella, la derrota de la política para nuestras, hasta ahora frágiles, democracias. Así también pondremos fin a la proclividad hispánica para solucionar sus problemas políticos mediante el autoritarismo militar.

Atomísticos y holísticos: Los hombres entre dos concepciones de mundo

LAS SOCIEDADES VIVEN, AVANZAN, EVOLUCIONAN. Cambian lentamente de costumbres, adoptan nuevos paradigmas, reinterpretan algunas de sus creencias, sintetizan valores. Después de un tiempo, todo ello se estructura y se formaliza, al proporcionarle normas y justificación teórica. Desde hace algún tiempo se percibe una situación análoga en nuestras sociedades hispánicas. Basados en

la síntesis de los paradigmas, estamos formando nuestro propio camino, nuevo y diferente, al cual será necesario dar después una justificación teórica. La sociedad entera, con sólo vivir, avanzar, desarrollarse y evolucionar, va buscando una nueva senda que combine la eficacia y la eficiencia del libertarismo atomístico con los nobles deseos del igualitarismo holístico de la cosmovisión

tradicional, para construir una nueva síntesis sinérgica. Hasta ahora, ambos paradigmas han sido antitéticos, especialmente porque en sus fundamentos existe una concepción diferente de la naturaleza humana.

La doctrina libertarista subyacente en la cosmovisión atomística, presupone natural el deseo de libertad. Por lo tanto, supone que puede obtenerse y que contribuye a la felicidad humana. Acepta la sociedad y al hombre con todas sus facetas, unas veces colectivista y otras, individualista, a veces manso, otras agresivo; en ocasiones altruista, en otras, egoísta; dominante y dominado; solidario y competitivo. Como consecuencia de esta posición, también acepta que existan hombres particularmente inclinados hacia la búsqueda personal del poder, gloria, fama, influencia, riqueza. Con ésto se introdujeron nuevos valores sociales que, como la libertad en cuanto ausencia de coacción y la responsabilidad endógena, tuvieron decisivos efectos en la evolución y desarrollo de las sociedades que los adoptaron. Sobre esta base se ha construido un modelo de sociedad.

Por otro lado, el catolicismo de la cultura hispánica, postula una antropología que ve en el hombre a un ser caído y dañado por el pecado original, que tiende hacia el mal a menos de estar asistido por la gracia divina dispensada por la Iglesia. La fuerza de esta posición, combinada con la tradición hispánica, ha creado una actitud

pasiva en la población, que aspira a recibirlo casi todo de la providencia divina o del Estado providente, de acuerdo a los esfuerzos desplegados en la dirección de la sociedad por los padres espirituales y los señores seculares. Simultáneamente ha generado una mentalidad estatista y dirigista.

El modelo hispánico de sociedad se ha construido sobre el paternalismo eclesiástico y el señoralismo civil, que han determinado, conformado y mantenido a través del tiempo, a un hombre heterónomo, dependiente, sumiso y obediente a los dictados de sus superiores, poco inclinado al pensamiento autónomo, acostumbrado a recibir instrucciones, con escasa iniciativa personal y con sentido exógeno de la responsabilidad. A través de los siglos, este hombre ha permanecido acostumbrado a recibir enseñanza, guía religiosa y dirección gubernativa integral, actitud que se ha extrapolado a todo el resto de las actividades sociales, conformándose un ser notablemente dependiente de jefes, sacerdotes y gobernantes.

Es así como la cosmovisión holística concibe al hombre como "debe ser", contrario al percibido por la atomística: donde ésta ve un hombre agresivo, la doctrina holística lo desea manso; el egoísta debe ser altruista; el dominante, tranquilo y razonable; el competitivo, colaborador. A quienes buscan poder, estatus, riqueza, propiedad e influencia, el holismo los postula humildes, modestos, no buscadores

de fama, poder, propiedades e influencia sino dedicados a su distribución equitativa entre sus hermanos menos afortunados.

En nuestros países, la síntesis de estas dos concepciones del hombre se está produciendo en forma natural, por el imperativo de los tiempos, por la necesidad de mejorar la eficacia de nuestra evolución, por el efecto demostración de los países desarrollados y por el legítimo deseo de obtener, también nosotros, los avances logrados por ellos. Sin embargo, para inventar nuestra propia modernidad, es imperativa la aceptación plena, franca y clara de la autonomía individual, concibiéndola como una medalla en una de cuyas caras está acuñada la libertad como ausencia de coacción,

Libertaristas e Igualitaristas

EN GENERAL, SE CONSIDERA egoísta al sujeto cuyo sentido de solidaridad personal se dirige más hacia sí mismo que hacia el prójimo, cuya vocación estriba en vivir una vida cómoda y abundante y como consecuencia, se dedica a actividades productoras de retornos en exceso suficientes para conseguir sus propósitos. Esta es la posición de los libertaristas. En cambio, son tenidos por altruistas aquellos cuya solidaridad está más inclinada hacia el prójimo, a fin de que éste obtenga las satisfacciones de la vida disfrutadas por los miembros más favorecidos de la

y, en la otra, la responsabilidad endógena.

La incorporación integral de la autonomía individual debería producir variados efectos: terminaría con el paternalismo y el señoralismo; internalizaría la responsabilidad; se aceptarían en plenitud los efectos positivos de la competencia; se aumentaría la iniciativa personal, la movilidad social y laboral; se incrementaría la capacidad de pensar con libertad al exterior de las creencias religiosas y disminuiría el control social ejercido por las oligarquías y el clero. Probablemente podríamos llegar a pensar en forma genuina, dejando así de imitar ideas foráneas. Y quizás con el tiempo, hasta podríamos llegar a tener ciencia y filosofía propias.

sociedad. Estos son los igualitaristas. Ya Platón identificó altruismo con colectivismo y egoísmo con individualismo.

Los libertaristas piensan que cada ser humano es dueño de su propio destino, se labra su propia situación y debe tomar los riesgos de su posible fracaso personal como precio, condición o legitimación de su éxito. Estas creencias motivan una suma de esfuerzos realizados en bien propio y en el de quienes lo rodean, con escasa consideración por la suerte corrida por los demás. Son partidarios de la libertad como ausencia de

coacción, de la competencia, la iniciativa y la aventura e inclinados hacia el individualismo y el pluralismo como bases de la sociedad. La igualdad es considerada "de oportunidades" y no de resultados o satisfacciones.

Tienen una visión casi exclusivamente económica de la sociedad, viendo en el individuo a un "homo economicus", dedicado al progreso material. Aspiran a un ambiente de libertad, en lo posible irresticta, para tener posibilidad de desarrollar al máximo sus capacidades personales. Prefieren a un hombre libre, capaz de recorrer el camino de la vida en forma autónoma, decidiendo por sí mismo su trascendencia espiritual, sus doctrinas filosóficas, éticas o políticas, lo mismo que sus preferencias estéticas, a partir de un sistema económico también libre.

Se percibe en ellos la convicción de que todos los seres humanos podrían, si quisieran, ser como ellos son, han sido o pretenden llegar a ser. Todas estas manifestaciones o preferencias son asumidas como metas individuales de vida, pero no como proyectos sociales que valga la pena propagar, difundir, predicar o pueda ponerse en ellos, la fe personal, transformándolos en causas o ideales por los cuales luchar o dedicar la vida.

Por el contrario, los igualitaristas piensan que cada ser humano comparte un destino común, que su situación es función de la comunidad a la cual pertenece y

que es necesario tratar de obtener cierto grado de seguridad para todos. Así, se podrá reducir al mínimo los fracasos personales para conquistar y disfrutar los éxitos por el conjunto de los miembros de la sociedad. Estas creencias dirigen la suma de los esfuerzos en pro de la comunidad y no del individuo, teniendo en alta consideración la suerte de todos sus miembros en cuanto conjunto. Son partidarios de la igualdad, la seguridad y la fraternidad y creen que las bases de la sociedad están constituidas por la unidad, el comunitarismo o el colectivismo. Aspiran a la igualdad de satisfacciones y no de meras oportunidades y postulan simultáneamente libertad política y seguridad económica.

En economía se inclinan al proteccionismo, el estatismo y el dirigismo. Ven el mundo principalmente desde el sistema ético y, por lo tanto, su discurso está casi siempre y casi totalmente orientado hacia la búsqueda de la justicia social y distributiva, a partir de las normas morales de su propia y personal cosmovisión. Como consecuencia, tienen una visión preeminentemente ética de la sociedad, ven al individuo como un sujeto de derechos más que de obligaciones, a quien la sociedad debe proteger y guiar a fin de proporcionar a todos una vida más segura y de menores peligros, aún a riesgo de no lograr toda la abundancia que fuera de desear. Aspiran a un ambiente de la mayor

igualdad posible, para ofrecer a todos sus congéneres la posibilidad de poseer los mínimos indispensables para una existencia decorosa y segura.

Al contrario de los libertaristas, los igualitaristas poseen un claro proyecto social por el cual vale la pena trabajar y tener fe. En nombre de la dignidad del ser humano o de la igualdad de derechos o de la obligación moral de derrotar la pobreza, el subdesarrollo y la inequidad, predicán la búsqueda de la justicia social, la distribución más equitativa de los resultados del sistema económico, la erradicación de la pobreza. También buscan la igualdad de oportunidades en el discurso explícito, que en general oculta el deseo implícito de igualdad de resultados o satisfacciones.

Para ellos, el sistema económico no es preponderante, porque parecen tener la convicción de que debe estar al servicio del Estado, a fin de proporcionarle medios económicos, financieros y materiales para atender todas las necesidades sociales. Siendo ésta la función de la economía, el propio Estado, primer interesado en obtener esos recursos, debe transformarse en

empresario para trabajar en beneficio de todos los miembros de la sociedad. En forma voluntarista y desde el señorialismo de la cultura, le han traspasado la obligación de tomar las iniciativas y asumir las responsabilidades. El Estado, representante de toda la comunidad, debe dirigir los esfuerzos del sistema económico y distribuir su producto paternal y equitativamente. Los igualitaristas son claramente señorialistas y paternalistas.

Los tipos ideales a que se ha hecho referencia nunca se encuentran puros en la vida real. Todos los hombres son una mezcla de ambos en distintas proporciones y diversos grados. Pero, sin duda, el primero de los tipos mencionados supone un compromiso activo entre el discurso personal y la acción. En cambio, el segundo no lo tiene, porque su actitud es más de denuncia y reclamo que de acción concreta. Para conseguir efectos adecuados, legítimos y apropiados, la sociedad requiere hombres equilibrados entre ambas posiciones. Hombres capaces de actuar y realizar, de ver y apreciar los resultados de sus acciones para con ellas conseguir las metas éticas que constituyen los "fines" de la sociedad.

Teoría de la solidaridad

LA PERSONALIDAD, EL CARÁCTER y el temperamento del ser humano están conformados básicamente por tres grandes componentes: las tendencias

instintivas; la emoción; sentimiento o afectividad y la razón, intelecto o pensamiento. Los tres están estrechamente relacionados y son recíprocamente interactuantes. Al

actuar uno, los demás están presentes, se afectan recíprocamente y, lo mismo que los sistemas sociales, sólo se pueden separar o aislar con objetivos analíticos. Conviene reiterar sus características de íntima mezcla y actuación, pues de lo contrario se podría sobresimplificar el análisis.

Así como decimos "pensar", refiriéndonos al "pensamiento" o "razón", diremos "emocionar", siguiendo al profesor Humberto Maturana, para significar "sentir desde la emoción" y expresar un sentimiento aún no racionalizado. La manera de ser y el discurso del hombre están determinados principalmente por el sistema social con el cual "emociona" mejor, es decir, con el cual siente mayor afinidad emocional y desde el cual siente, piensa, habla y actúa. Toda conducta proviene de una emoción. En una primera instancia, sentimos la emoción y posteriormente surge el pensamiento. En esta forma, todas nuestras tendencias son el producto de nuestro "emocionar". Las creencias, las vocaciones personales, las ideas políticas y económicas, están determinadas por la emocionalidad y luego son justificadas y explicitadas por el intelecto. Esto equivale a sostener la primacía de la emocionalidad sobre la racionalidad. Dentro de los muchos sentimientos propios del hombre, nos interesa ahora la "solidaridad como emoción". Desde lo más profundo de la emocionalidad, confundiendo con las tendencias instintivas, nace

la gregariedad humana y muy poco después, aparece una afectividad gregaria, de la que derivan sus vocaciones o inclinaciones, una de las cuales es el sentimiento o la emoción de la "solidaridad".

Este sentimiento, presente en todos los hombres, está dirigido en dos sentidos: hacia el "ego", el yo, y hacia el "alter", el otro. Probablemente combina los principios de reciprocidad, complementariedad y colaboración y se articula en su interacción mediante el respeto, la abnegación y la paciencia. La naturaleza de este sentimiento es homogénea y sólo se percibe una diferencia de grado en su inclinación hacia uno u otro sentido. En un extremo se encontraría el egoísmo; en el otro, el altruismo. Todo individuo posee potencialmente esta afectividad, capacitada para dirigirse en una u otra dirección y por lo tanto, podría ser ambas cosas, no simultáneamente, pero sí sucesivamente en el tiempo. Dependiendo del caso, el tema y la circunstancia, unas veces podría ser egoísta u otras, altruista. El punto en el cual se sitúe dependerá de su emocionar. La "solidaridad consigo mismo" puede ser menor, igual o mayor que la "solidaridad con el prójimo"; en el primer caso, el individuo será considerado egoísta, en el segundo, neutral y en el tercero, altruista. Entre los tenidos por egoístas se encuentran los libertaristas, en el caso intermedio, los neutrales o indiferentes, equilibrados entre una y otra posición. Entre los considerados altruistas se

encuentran los igualitaristas.

Las acciones, tendencias e inclinaciones de cada sujeto están íntimamente relacionadas con su solidaridad personal básica, determinada por el mandato de su emocionalidad, con efectos de distintas connotaciones para sí mismo y para los demás. Quien, por ejemplo, cuida enfermos desinteresadamente, lo hace en parte por solidaridad consigo mismo, cumpliendo su vocación y en parte, por solidaridad con el prójimo. Su acción es considerada por los demás como "altruista". En este caso, la solidaridad con el prójimo es obvia, pero, ¿en qué consiste la solidaridad consigo mismo? Tal vez en la sensación de plenitud personal

El contenido social de la solidaridad

AHORA BIEN, VEAMOS CUÁLES son los principios que ilustran la solidaridad. Por un lado tenemos el principio de la reciprocidad que consiste en el intercambio de interacciones, positivas o negativas, de los hombres entre sí. Se hacen y se reciben favores, deferencias, honores, regalos, afectividades, simpatías. Se alterna, se departe y se comparte con personas y con grupos, se traban amistades y se planifican acciones en conjunto, lo cual supone haber adquirido confianza mutua. La reciprocidad negativa produce los efectos contrarios: desdenes, desaires, antipatías y en especial, la glacial indiferencia considerada peor que

asociada a la solidaridad con el prójimo específico y sufriente, al percibirse como un ser generoso, útil, comprensivo y cariñoso en la realización de una vocación desinteresada. Así, la solidaridad consigo mismo se mezcla con aquella dirigida hacia el prójimo, combiniándose con los variados factores en juego. La posición altruista percibida por los observadores, depende de si la acción solidaria del sujeto está más bien dirigida hacia sí mismo o hacia los demás.

En resumen, la solidaridad es una emoción presente en todos los seres humanos, nacida del instinto gregario, en uno de cuyos extremos se encuentra el egoísmo y en el otro, el altruismo.

el odio, se retribuyen de igual manera. En la reciprocidad, un sujeto hace un favor, el receptor queda comprometido y en cierto modo, endeudado. Inevitablemente "paga" su deuda y devuelve el favor, retribuye la deferencia o el honor recibidos.

Por lo tanto, la solidaridad debería postular y predicar que cada ser humano obtiene una cosecha de acuerdo a lo que haya sembrado: favores y deferencias serán retribuidas del mismo modo. Antipatías, desdenes y desaires recibirán la misma reciprocidad.

En efecto, para salir de la pobreza y llegar a la prosperidad se requiere de inteligencia, capacidad

e idoneidad, pero sobre todo, es necesaria la constancia en la labor, la tenacidad en la persecución de las metas trazadas, el espíritu de superación, la disciplina, el sentido de responsabilidad y la honradez, además de las virtudes mencionadas. La práctica de estas virtudes morales lleva al ser humano a la prosperidad material, a dejar de ser desposeído para transformarse en poseedor de ingresos económicos altos o a lo menos, suficientes para un nivel de vida decoroso.

El desposeído de ingresos económicos y de bienes materiales puede serlo por diversas razones: oportunidades escasas, falta de educación o de inteligencia natural, enfermedad y otras similares. En tal caso necesita y merece la ayuda proporcionada por la solidaridad de su prójimo. Sin embargo, hay otros casos de carencia de deseos de trabajar y surgir, inconstancia en el trabajo, desidia, falta de sentido de superación, carencia de disciplina, responsabilidad y honradez escasas. En estas ocasiones, la ausencia de virtudes morales impiden o retrasan la llegada de la prosperidad, manteniendo a esas personas en la condición de "desposeído" a fin de trazar adecuadamente el perfil de quienes merecen ayuda, asistencia o colaboración de la sociedad y quienes deben esforzarse más por levantar su propio peso en la vida, sin esperar de otros la solución de problemas susceptibles de ser resueltos por sí mismos, sin depender de la beneficencia de la sociedad, del Estado o de algunos

particulares. Con todo, esta distinción entre los pobres y desposeídos, entre aquellos que merecen ayuda y quienes no la merecen, ha sido objeto de una mayor profundización en otro ensayo nuestro que aborda directamente la temática de la pobreza, titulado *Teoría de la Pobreza*.

El principio de complementariedad compensa la desigualdad humana. Si bien se sostiene el principio de igualdad entre los hombres, es necesario hacer algunas distinciones. Efectivamente, todos somos iguales ante Dios y el derecho, pero eso no significa que seamos iguales en conocimientos, idoneidad, competencia o virtud. Postular que es de justicia poseer todos por igual y que por ser hijos de Dios estamos todos facultados para acceder sin más al esfuerzo ajeno y a los bienes de los demás, es una fuente de conflicto y frustración. El mundo funciona porque somos desiguales. Basta pensar que todo el universo es masculino-femenino para percatarnos de que, si todos fuéramos iguales, sencillamente no habría posibilidad de vida.

En consecuencia, la igualdad haría imposible la cooperación sostenida en el tiempo. Por lo tanto, somos complementarios por ser desiguales y diferentes. Así enfrentamos con éxito la vida en sociedad y hacemos posible la inevitable división del trabajo.

Resulta interesante aquí constatar las aproximaciones que se dan en torno al concepto de solidaridad

entre posiciones ideológicas divergentes, como son el socialismo y liberalismo, aun cuando en sus versiones más renovadas. Para el neosocialismo o socialismo liberal lo importante no es ya el enfrentamiento irreductible entre las clases sociales, sino la búsqueda de un punto de convergencia solidaria que se caracterice por la equidad. A su turno, dentro de la variada gama de pensadores neoliberales, hay quienes sostienen que la libre competencia, como motor de desarrollo, deber estar acompañada por un sentido de justicia que compense algunas desigualdades y de ese modo, solidariamente, se haga más funcional la solidaridad.

Queremos detenernos brevemente en los planteamientos de John Rawls sobre la materia. Para él los hombres pactan dos principios que resultan claves para la convivencia social. El primero es el principio de libertad, en virtud del cual se reconocen recíprocamente la mayor cantidad de libertad compatible con la libertad de los demás. Es el *derecho a igual libertad*, dirá Mariano Grondona, un acertado comentarista de los pensadores neoliberales en el medio latinoamericano. El segundo es el acuerdo acerca de las condiciones de igualdad y de desigualdad entre ellos, conviniendo que la justicia, en un sentido solidario, será la llamada a armonizar mediante la equidad tales desigualdades. El punto de convergencia es lo que se denomina *igualdad de oportunidades*.

Y es sobre la cuestión de la igualdad de oportunidades que Rawls plantea lo esencial de su posición sobre la solidaridad. Plantea que para que esa igualdad, que legitima la libre competencia, sea efectiva, debe existir "el principio de rectificación", en virtud del cual las ventajas que algunos hombres tienen y que utilizan en la competencia, pero que no se deben a méritos propios (nacer en familias acomodadas, por ejemplo) deben producir algún tipo de compensaciones para quienes tienen desventajas que no son atribuibles a su capacidad (nacer en la miseria o tener algunas limitaciones físicas). Surge ahí un principio de solidaridad que se traducirá en el otorgamiento de subsidios a los están en desventaja, no para darles una ayuda asistencialista, sino para que puedan competir en un pie de igualdad con los demás. Es claro que de ahí emerge un rol para la justicia y una responsabilidad para el Estado.

Desde una perspectiva neosocialista, Norberto Bobbio, conocido y prestigioso pensador italiano, sostiene que los esquemas socialistas clásicos no pueden ser interpretados ya como una fase progresiva de la historia, pues se ha terminado en un callejón sin salida. Frente a ello lo que cabe hacer es "regresar sobre los propios pasos" y aceptar que con el liberalismo hay un tronco común a partir del cual se pueden desarrollar posiciones diferentes en su aplicación. Esto lleva a Bobbio a aceptar al

capitalismo "porque es el sistema en que el poder es más difuso y cada uno tiene el mayor número de alternativas", como lo expresa claramente en su libro: *El futuro de la Democracia* (México, Fondo de Cultura Económica, 1986).

La aproximación al neoliberalismo desde el neosocialismo o socialismo liberal se da en base al principio de la solidaridad, que es nuevo —como se ha anticipado— en una doctrina política que hacía de la confrontación social el motor de la historia. Bobbio plantea la posibilidad de converger con toda claridad: "Se trata de ver —afirma— si, partiendo de la misma concepción individualista de la sociedad, que es irrenunciable, y utilizando los mismo instrumentos, seamos capaces de contraponer al neocontractualismo de los liberales un proyecto de contrato social diferente, que entre sus cláusulas incluya un principio de justicia distributiva y por tanto sea compatible con la tradición teórica y práctica del socialismo" (op. cit. pag. 101).

Propuesta de un paradigma de solidaridad holística

LA PROPUESTA DE ADOPCIÓN de un paradigma de solidaridad holística, llamada así para significar su carácter total, integral o universal, tiene aproximadamente las mismas características que definieron la entrada de algunas sociedades occidentales a la Modernidad: mantener los postulados

Anótese además que Bobbio destaca otro principio, que si bien escapa a los límites de este artículo, es clave para el nuevo diseño de las relaciones entre socialismo y liberalismo: la valoración del individuo. Para el socialismo liberal lo que cuenta no es ya lo colectivo en sí y la clase social por sobre el hombre, sino lo individual inserto en un contexto social.

Si en Rawls y en Bobbio es posible encontrar aproximaciones teóricas y filosóficas que compatibilizan, aunque no confunden, neoliberalismo y neosocialismo, y una de las condiciones de compatibilización es asumir, en ambos casos, un nuevo sentido de la solidaridad, estimamos que nuestra propuesta que redefine lo solidario, apartándolo de sus acepciones paternalistas y asistencialistas, para atribuirle un activo rol en el desarrollo de las personas y en la creación de riqueza en la sociedad, adquiere una vigencia y oportunidad inestimables. No precisarla en sus debidos alcances, sería una omisión intelectual inexcusable.

holísticos actualmente vigentes en nuestra sociedad, basada en el amor cristiano y las virtudes teologales y cardinales, e introducir después algunos valores no adoptados todavía en toda su integridad, especialmente la libertad y la responsabilidad. Sin embargo, para lograr la incorporación de estos

valores, es previo y necesario que nuestras sociedades también sean capaces de reconocer y aceptar los rasgos negativos del hombre.

El egoísmo, por ejemplo, no es un valor sino un antivalue o un disvalor, pero como rasgo de la personalidad, produce en el sujeto un efecto de intensa preocupación por sí mismo y su familia. Este "efecto" es un valor, cuya "causa" es un disvalor. Pero no puede negarse el efecto beneficioso sólo porque su causa, en sí misma, se considera negativa. Se entra aquí de inmediato en el tema de la necesidad de reformar o corregir la teoría ética que otorga preeminencia a las "causas", suponiendo que los "efectos" serán positivos si las causas lo son y negativos si no lo son. Hay efectos poseedores de condiciones positivas suficientes como para convertirlos en valor. La competencia produce un efecto de notable esfuerzo del sujeto por sobrepasar a sus oponentes. El valor es el esfuerzo, no la competencia y significa superación, avance, triunfo, todos los valores positivos en el progreso del ser humano en su paso por el mundo. Ello permite a algunos avanzar más que a otros. Aceptar este hecho significa aceptar al ser humano único e irreplicable en cuanto a su dignidad de tal, también único e irreplicable en cuanto a sus condiciones de temperamento, carácter, personalidad, condiciones, idoneidad, gustos y capacidades. Los ejemplos podrían multiplicarse, pero a lo menos estos dos

efectos también pueden conseguirse si se predica la obligación moral, religiosa o ética de solidaridad del sujeto consigo mismo, produciéndose exactamente el mismo efecto de intensa preocupación o notable esfuerzo, pero no a partir del egoísmo o la competencia, sino la solidaridad. La competencia económica, por ejemplo, debería entenderse como la solidaridad de productores de bienes y servicios con el público consumidor.

La solidaridad holística debería ser protagónica y concreta para enfatizar la indispensable necesidad de que "todos" los miembros de la sociedad sean actores de su funcionamiento, evolución y desarrollo, para aspirar a ser protagonistas de su propio destino y el de todo su prójimo, en una causa que nos compete a todos.

El mandato cristiano de "amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo" puede aplicarse a la solidaridad para ampliar su definición. Actualmente sólo la entendemos como la adhesión circunstancial de un sujeto a la causa, empresa u opinión de otro u otros o, en sentido católico, como el aporte de cada uno al bien común de la sociedad, en todos sus ámbitos. Además de circunstancial, tiene una connotación casi exclusivamente retórica y de ahí la insistencia en que sea "concreta". Habitualmente se la predica respecto de todos los sistemas sociales, pero el económico es el de mayor relevancia. Sistemáticamente se hace ver a los

"poseedores" la necesidad y aun la obligación de asumir la responsabilidad de combatir la pobreza mediante la solidaridad con el prójimo desposeído. Pero predicar la solidaridad de los menos con los más, de los pocos ricos con los muchos pobres, equivale al deseo de perpetuar la situación: aunque los pocos ricos repartieran todos sus haberes entre los muchos pobres, aunque los pocos creativos, enérgicos o imaginativos trabajaran sin dormir, la situación continuaría igual, si "todos" no se encuentran en disposición anímica de solidarizar protagónicamente con todos los demás.

En realidad, cada ser humano debe ser capaz de levantar su propio peso en la vida para llegar a ser el protagonista de su propio destino. La solidaridad debe ser protagónica y concreta en el sentido de ser todos solidarios activa, militante y no retóricamente con todos los demás. Esta forma de solidaridad no expresa sólo los aspectos materiales, económicos o financieros. También se solidariza en el trabajo bien realizado, en el cumplimiento serio, completo, responsable, dedicado y oportuno de obligaciones y deberes, no sólo de los pocos con los muchos, sino también de éstos con todo su prójimo. Es la solidaridad de la sociedad, ya que el trabajo responsable significa un crecimiento colectivo que alcanza a todos los ciudadanos. No se trata de recibir bienes o servicios proporcionados por los más ricos, o más trabajadores, o más dedicados, pudientes o exitosos sino de solidarizar todos y

cada uno con todos y cada una de las personas restantes, entregando esfuerzo y dedicación no sólo desde arriba hacia abajo, sino también desde abajo hacia arriba y desde el lugar en el que cada uno se encuentre, hacia los lados. En estricta consonancia con el paternalismo y el señoralismo de la cultura, hasta ahora se ha predicado que se asuma la responsabilidad para el combate contra la pobreza mediante la solidaridad en un solo sentido: desde arriba hacia abajo. Los padres espirituales advierten sistemática y permanentemente a los señores seculares, las actuales élites, acerca de las responsabilidades que deben asumir para combatir la pobreza del resto de la población.

La solidaridad holística, de protagonismo concreto, tendría alcances mucho mayores. Debería ser la adhesión profunda, permanente y sincera de todo individuo con Dios, la naturaleza y el hombre, para compartir sus valores, ideales, empresas, causas, opiniones y propósitos. También debería tratar de comprenderlos, respetarlos y ojalá de compartirlos, a fin de obtener la menor penuria posible para la vida de este mundo. Siendo todos poseedores y no desposeídos, podemos entregarnos recíprocamente, una importante cantidad de bienes y valores y solidarizar concretamente todos y cada uno, con todas nuestras posesiones de amor, respeto, tolerancia, compasión, voluntad, energía, espíritu de sacrificio, de cuerpo, de

justicia y tanto más, con todos y cada uno de los demás. La solidaridad debería ser capaz de articular el libertarismo con el igualitarismo, contribuyendo eficazmente a su síntesis sinérgica.

De la solidaridad del hombre para consigo mismo también debería nacer la libertad solidaria, capaz de independizar al hombre de la coacción civil y eclesiástica, pero aun así, dispuesto a aceptar parte de ella sin considerarla como coacción o interferencia a sus propios esfuerzos en pro de sí mismo. Ciertos ámbitos del ser humano pueden ser independientes pero otros necesitan reciprocidad, ayuda y complementación, cooperación y enseñanza. Algunos la necesitan más que otros y todos podrían aceptarla y de hecho la aceptan, como ayuda o como autoobediencia y no como imposición. Esta libertad sin coacción, o con muy poca, permitiría, por fin, internalizar la responsabilidad para hacerla endógena porque la gran mayoría de los individuos posee capacidad, competencia e idoneidad para hacerse cargo de sí mismos, desde el interior de su propia conciencia, en un grado mucho mayor que el actualmente existente.

La solidaridad holística, protagónica y concreta, podría constituir la forma más adecuada de construir una Modernidad propia, autóctona, basada en nuestras creencias religiosas y valores éticos católicos y su filosofía y epistemología. Habríamos ampliado nuestros valores para conseguir independencia

individual, internalización de la responsabilidad y disciplina personales, proyectándolo todo a la sociedad para luego predicar las virtudes morales conducentes a la prosperidad. La universalización de su práctica aumentaría la abundancia del sistema económico y mejoraría la equidad en la distribución de su producto. Se afianzaría la estabilidad política democrática porque en general, su fragilidad es función de la debilidad del sistema económico, en su crónica incapacidad de producir medios suficientes para el logro de fines sociales.

Estaríamos alcanzando una síntesis sinérgica del libertarismo anglosajón protestante con el igualitarismo comunitarista católico, similar al socialismo democrático en su doctrina económica y social, pero no en los sistemas religioso y ético. Nuestra cosmovisión se completaría, enriqueciéndose y, junto con mantenerse humana y compasiva, llegaría a ser más eficiente y eficaz. La democracia política dejaría de ser meramente formal y electoralista para transformarse en un régimen cuya médula estaría constituida por la libertad y la responsabilidad individuales y la disciplina social. Podríamos aspirar a un sistema de economía social de mercado basado en un capitalismo depurado, coincidente con la eficiencia indispensable para conseguir abundancia en la producción de bienes y servicios y congruente con un sistema ético capaz de distribuirla con mayor equidad.☺